

# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

**SUMARIO.** *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Penas y Placeres*, por D.<sup>a</sup> Angela Grassi.—*Ante la estatua de Cervantes* (poesía), por D. Pedro María Barrera.—*La Cruz del Olivar* (continuación), por D.<sup>a</sup> Faustina Saez de Melgar.—*Teatros*, por D. Diego Rivera.—*Labores*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurín de niños*, núm. 830.—*Grabado de Labores*, núm. 64.

## REVISTA DE MADRID.



O que principalmente caracteriza á la deliciosa estacion que empezamos á recorrer, podeis encontrarlo, amables lectoras, en el jardin del Retiro á la caída de la tarde, y casi al aparecer la mañana.

Flores, pájaros, árboles que empiezan á vestirse lujosamente con el atavío primaveral, y una multitud animadísima que recorre las abiertas calles de las umbrías refrigeradas por las nacientes hojas de sus verdes bóvedas.

«Mañana te espero en el Retiro,» escribe un enamorado á la que es objeto de sus amores.

«Esta tarde os voy á llevar al Retiro,» dice un padre á sus hijos. «Llevadnos al Retiro,» dicen los niños á sus padres; y niños, y jóvenes, y ancianos, se confunden en agradable desórden en aquel pintoresco gabinete que escoje la primavera para hacer su primera *toilette*.

¿Qué hay, pues, en el Retiro en estos deliciosos dias de Mayo?

No hace muchas tardes que ví sepultarse la luz del sol desde un banco escondido que se extiende bajo un pequeño arco, especie de bóveda cubierta por una vistosísima enredadera, que se levanta cerca de una de las pintorescas fuentes que adornan el Parterre.

Las aves cantaban con esos últimos gorjeos, con esas últimas notas que se asemejan al eco de un arpa que se estingue en el viento. Lloraban la muerte del día, y sus cantos eran tristes como el lento murmullo de las fuentes y el monótono ruido de la arboleda, sacudida suavemente por la brisa de la tarde.

Aquellos árboles microscópicos, caprichosamente cultivados, entrelazándose con seductora armonía, y formando con sus verdes ramajes primorosos dibujos; aquellos cua-

droso que se multiplican en admirable laberinto rodeados de verde murta y de amarilla dorotea, como los cuadros fúnebres de un panteon; aquellos pequeños cipreses que balancean sus copas con toda la melancolía del sáuce de los sepulcros, hacian recordar á mi mente la mansion de los muertos, y sin embargo, aquello no era mas que un paseo de niños, una especie de *Fuente Castellana infantil*.

Allí los niños aparecen en bandadas de colores, como nubes de mariposas, y aquel jardin parecia cultivado por ellos.

Lejos de allí, junto á otras fuentes y bajo otros árboles, encontrareis quizá un nombre querido, grabado por una mano cariñosa, y que quizá simboliza un poema de amor.

No hay nada que ligue tanto las almas como los recuerdos. Allí el alma se extasía, tal vez por lo que nos dejan adivinar aquellas huellas de generaciones que pasaron; aquellos niños, que aparecieron de pronto y se escondieron con el crepúsculo de la tarde; aquella vaguedad que se respira ante la contemplacion de tantos lugares poéticos y misteriosos.

Vosotras, niñas enamoradas, acaso encontrareis allí una multitud de símbolos mudos, de objetos que representen un ayer mucho mas bello, mucho mas luminoso, en la historia de vuestra vida.

En el amor hay algo mas elevado que la pasión, algo que le engrandece, que le purifica, que le sustenta; un sentimiento que le rocía con lágrimas; una aureola que le llena de perfumes; una escala que le conduce hasta Dios. Este destello dulcísimo del amor se llama el recuerdo.

El jardin del Retiro es un bello poema de recuerdos, escrito en los árboles, y repetido quizá al nacer la mañana y al morir el día, por las inocentes avecillas que pueblan sus rama-

Ya que hablamos de recuerdos, lectoras mías, justo será hacer mención del que ha tributado el pueblo de Madrid á los mártires de la independencia española, regando con lágrimas sus cenizas, y cubriendo de flores simbólicas el Monumento que las guarda.

Después de el glorioso *Dos de Mayo* hemos celebrado el día de la Cruz, á la que han levantado altares coronados de flores multitud de inocentes niñas, que con miradas suplicantes, llenas de cariñosa ternura, y con una insistencia verdaderamente infantil, pedían para adornar su crucecita. El sentimiento religioso que se despierta en esas

inteligencias vírgenes, en esas frentes de cinco y seis años, inunda nuestra alma de santo regocijo, y nos consuela fijar los ojos en esos ángeles de la vida que empiezan á subir el Calvario del mundo llevando al hombro una cruz de flores, y nos entristece á la vez el pensar que acaso algún día podrá hacerlas doblar la frente de fatiga el peso de esa cruz.

¡Plegue al cielo, lectoras mías, que lleveis siempre vuestra cruz ceñida de flores, y que nunca os canse en la jornada!

A. F. GRILLO

## INSTRUCCION.

### PENAS Y PLACERES.

¡Oh, mi dulce Clara, oh, hermana del alma mía, cuán profundamente ha destrozado mi corazón tu última desolada carta! ¿Es posible que seas tú la que de este modo te lamentas de la vida y de cuanto te rodea? ¿Qué quejas tienes del mundo? ¿Qué quejas puedes tener contra la suerte? Pasaste de los brazos de amantes padres á los brazos de un amante esposo, te espejas en los ojos azules de dos ángeles, y posees un modesto bienestar, que te augura un porvenir tranquilo y apacible. ¿Qué más puedes desear con justicia? ¿Qué es lo que pretendes, desdichada?

¡Oh, Clara mía: las penas y los placeres físicos no constituyen más que una pequeña parte de las penas y los placeres reservados á los que transitan por el camino de la vida: su imaginación, que trabaja continuamente en daño suyo, sus pasiones desbordadas y funestas, son las que consuman su desdicha, y le hacen vivir en un estado de perpétua batalla, y le hacen verter lágrimas incesantes. Los deseos irrealizables que concibe, las esperanzas imposibles que acaricia, las ambiciones locas y desmedidas, son el verdadero origen de sus penas. Estas no se hallan en nosotros mismos, giran por lo contrario en una órbita muy distinta, en la cual, ciegos é insensatos, procuramos penetrar á toda costa. Hacemos como el pájaro atraído por la serpiente, como la mariposa deslumbrada por una luz brillante; pero el pájaro y la mariposa obedecen á su instinto: el pájaro y la mariposa no escuchan la voz severa de su razón y su conciencia, que le gritan sin cesar: *detente!*

El que abandona su risueña cabaña, su tranquilo hogar doméstico, el que renuncia á las caricias de su esposa y de sus hijos, para fiar su vida á una endeble barquichuela, combatida por los vientos, y surcar las olas encrespadas en busca de una riqueza imaginaria, ¿podrá quejarse de la sociedad, podrá quejarse de la suerte si le sorprende la borrasca y le precipita en los abismos profundos de los mares?

Del mismo modo en el orden moral, el hombre busca dolores agudísimos siempre que va en busca de placeres que no se hallan á su alcance, y es realmente desdichado

desde el instante en que pretende ser más feliz de lo que le permiten las condiciones en que Dios le ha colocado.

Clara: todo lo que ansiamos más allá de lo que nos han concedido la naturaleza y la fortuna, es pena: es placer todo lo que la naturaleza y la fortuna nos ofrecen espontáneamente; no lo olvidéis.

La verdadera felicidad se halla, pues, en nosotros mismos, y estriba en la moderación de los deseos, en la moderación de las esperanzas, en la moderación de las pasiones.

Esta santa moderación enjendra la calma perfecta del espíritu, que nos permite saborear con delicia los goces fáciles y sencillos del alma, independientes del mundo y la fortuna.

El hombre, dueño de sus deseos y pasiones, lo es también hasta cierto punto de los acontecimientos: contento con su estado, no quiere ser más que lo que ha sido siempre, que lo que han sido sus padres; no quiere vivir más que como siempre ha vivido. En paz consigo mismo, bastándose á sí mismo no necesita más que un débil concurso de la sociedad, y no puede serla enojoso. Ocupado continuamente en ejercitar las nobles facultades de su alma, perfecciona su entendimiento, y goza de todo el Universo, gozando de su propia vida. Y si le sorprende la desdicha, si le aqueja una enfermedad penosa, sufre menos que los otros, porque la fuerza de su alma le sostiene, su razón le consuela, y está acostumbrado á hacer á su voluntad el sacrificio de sí mismo.

Créeme: la naturaleza nos trata más bien como madre cariñosa que como cruel madrastra: nos ofrece con mano pródiga una infinidad de placeres sencillos, nos preserva contra los peligros, y hay más dosis de bienes que de males en el estado habitual de nuestra salud: no es, pues, la realidad la que debemos temer, sino las fantásticas quimeras del espíritu: no es el dolor del cuerpo, las enfermedades, ni aun la muerte, lo que constituye la mayor parte de nuestros sufrimientos, sino las agitaciones incesantes del alma, las ciegas pasiones que no nos dejan ni un solo instante de reposo, el tédio y la melancolía, que todo lo revisitan con su negro colorido.

Y tanto es así, que los seres más desgraciados, los que más llenan el mundo con el eco de sus lamentos, son los

que están colocados en los primeros peldaños de la escala social, los que menos debieran temer los reveses de la fortuna ó los dolores físicos, pues poseen armas poderosas para combatirlos y vencerlos. Pero satisfechas sus necesidades materiales, dejan vagar su imaginación por los engañosos espacios de lo imposible, y abusando de sus propias almas, se entregan sin reserva á las pasiones borrascosas que deben torturarlos.

El pobre, cuya cabaña se balancea á merced del viento, cuyos campos pueden ser arrasados por una imprevista tormenta, está robusto y alegre, y saborea con sin igual placer el negro pedazo de pan que ha comprado con el sudor de su frente. Es que, absorto en su trabajo, no tiene tiempo para entregarse á insensatos deseos, á necias esperanzas, y la tristeza y la desesperación se alejan de su lado confusas y avergonzadas.

Clara: reflexiona, aun es tiempo: no dejes que el mal se convierta en incurable: el cuerpo sana pronto de una enfermedad, por aguda que sea; el alma, como parte mas noble y mas delicada, si alguna vez enferma, tarde ó nunca recobra la lucidez perdida.

Desecha nimios disgustos que te complaces en convertir en horrendas desventuras, y si quieres un reme-

dio infalible para recobrar la tranquilidad perdida, cuando te sientas triste y pesadosa, recuerda qué sería de tí si Dios te arrebatase á tus hijos, á tu esposo, si destruyese tu casa, si te privase de aquellos placeres que ahora te concede, y que con tanta ingratitud desdeñas y pisoteas. Piensa que hay muchas viudas cuyos hijos carecen de pan, que hay muchas esposas que velan á la cabecera de su esposo enfermo, ó gimen abandonadas por el que debería ser el apoyo y consuelo de su vida. Piensa todo esto, y verás de qué bellos colores se engalanan los objetos, que tú, mas dichosa que otras, posees; verás cuán risueña te parece tu modesta casita, cuán encantadoras las sonrisas de tus hijos, cuán dulces las palabras amantes de tu esposo. Acostúmbrate á bendecir sin cesar á la Providencia, no por los bienes que te da, sino por aquellos que no te arrebató, y persuadida de que dentro de nosotros mismos se halla el verdadero placer y fuera la pena, acostúmbrate á refrenar á tu loca imaginación para que no vaya á buscarla, y oblígala á vivir en el círculo estrecho que á cada sér le ha descrito su destino.

¡Ah, dime que seguirás mis consejos, no luminosos, pero si hijos de una convicción profunda, y ya no temeré por tu porvenir, ya no temeré por tu ventura!

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

### ANTE LA ESTÁTUA DE CERVANTES.

La noche avanza: su rayo  
Vierte la luna dormida  
En la tierra, sumergida  
En silencioso desmayo.

Todo es reposo y quietud:  
Solo el gemido del viento  
Suena, cual dulce lamento  
De melodioso laud.

Un sonambulismo raro  
Me lleva, empuja y distrae,  
Y ante tu estatua me trae,  
Y ante tu estatua me paro.

Y al fijar aquí la planta  
Y al mirar el bronce frío,  
Siento que tu siglo impío  
Del sepulcro se levanta.

Impío y menguado fué,  
Pues, al legarnos tu historia,  
Hasta el laurel de la gloria  
Bañado en llanto se vé.

La bravura y la grandeza  
En tu corazón unidas,  
Se premiaron con heridas  
Vendadas por la pobreza.

Noble sangre derramó  
En el combate el guerrero;  
Noble sangre el caballero  
En la miseria lloró.

Logra que del llanto ardiente,  
Una carcajada brote,  
Y alza la frente el Quijote,  
Y una edad hunde la frente.

Tu ingenio, que al orbe asombra,  
Hace que el orbe te alabe;  
Pero en su espacio no cabe  
Ni la sombra de tu sombra.

Sombra augusta cuyo nombre  
Trueca á su siglo en proscenio  
Del altar do el hombre-génio  
De este modo dice al hombre:

— «Cristo, la luz de la luz,  
Dejó á los mundos santuario  
En la frente del Calvario,  
Con los brazos de la Cruz.

La turba que le arrastró  
Hasta esa Cruz con delirio,  
Labrar creyendo el martirio,  
Tan solo un templo labró.

Y esa turba soñadora,  
Que al fin su trabajo advierte,  
Si á su Dios ayer dió muerte,  
Hoy en el templo le adora.

Cruz, y Calvario tambien,  
Ofreces á mis dolores,  
Tú las cambiarás en flores  
Para coronar mi sien.

Y, de mi martirio en pos,  
Dirán los que así me ultrajen  
Que, si son de Dios imagen,  
El génio viene de Dios.

¡Sí!... con accion y palabra,  
Quien á su Dios con delirio  
Quiere labrar el martirio,  
Un templo al cabo le labra.

Y cuando ese templo advierte,  
Remordimientos devora,  
Y en él con fervor adora  
Al mismo á quien dió la muerte.»

Yo, al recordar tu grandeza,  
Que deslumbra y maravilla,  
Hinco en tierra la rodilla  
Y descubro mi cabeza.

Y el alma, en lenguaje mudo,  
Trémula grita: — «¡Cervantes!...  
Gigante entre los gigantes,  
Yo te venero y saludo.

Tu ingénio, que al Orbe asombra,  
Hace que el Orbe te alabe;  
Pero en su espacio no cabe  
Ni la sombra de tu sombra.»

PEDRO MARÍA BARRERA.

## LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

Apenas el jóven pronunció estas palabras, brotaron chispas de los ojos del Marqués, levantó la cabeza con altanería, y exclamó:

—Ni una palabra te permito mas en lo que atañe á mis negocios; déjame.

—¿Y qué le digo á nuestra madre? ¿Cómo enjugará su llanto? dijo Enrique, levantándose vivamente ofendido.

—Nada; qué la quiero con toda mi alma! Que baje á comer con vosotros; pero no me habéis ni una palabra de mi conducta actual ni de la familia del Conde.

—Está bien; puedes vestirme y bajaremos juntos, dijo Enrique dirigiéndose al balcon y viendo á su hermano dispuesto á dejar el lecho. En su interior estaba batallando por hacerle una pregunta, que hacia rato bullia en su mente y no se habia atrevido á formular, temiendo los ímpetus de su carácter altivo y brusco.

—¡Qué descuidado está el jardín! exclamó al fin. ¡Bien se conoce que falta el pobre Mauricio!... y á propósito, ¿qué

ha sido de su viuda y de su hija? exclamó volviéndose de repente y encarándose con su hermano.

El Marqués se estremeció y varió de color, tornándose alternativamente encarnado y pálido.

—¡No lo sé!... contestó afectando una indiferencia que le hacia traicion; se habrán vuelto á Tórtola.

Enrique se calló y siguió mirando al jardín, pero con la evidencia ya de que su sospecha era cierta. El Marqués amaba á María.

—Mientras concluyes de vestirme voy á prevenir á nuestra madre, repuso al cabo de un rato.

El Marqués no dijo una palabra, pero se quedó preocupado y triste.

—¡Qué hay, hijo mio! exclamó la Marquesa apenas vió á Enrique.

—Mi hermano me ha prometido bajar á comer con nosotros.

—¿Y qué disculpa dá? ¿Cuáles son sus pensamientos?

—¡Ninguna! Se encierra en su reserva, y no es posible averiguar sus ideas. Me ha puesto por condicion que al bajar aquí no le hemos de hablar una palabra acerca de su conducta ni de la familia del Conde.

—Pero eso es imposible!... Necesitamos tener una explicacion.

—Estoy seguro, madre mia, que por no contestar es capaz de marcharse de la quinta, y no le volveremos á ver mas: aquí es preciso trabajar con solapa, no hay que abordar el negocio de frente si queremos conseguir algo.

—¿Pero qué has adivinado?

—Mucho: voy á decírselo á Vd., mas prométame no enfadarse y tener calma.

—La tendré, te lo prometo.

—Pues bien; Sebastian está enamorado de María, la hija del pobre Mauricio; eso es todo.

—¡Oh, Dios mio!... y será posible que así descienda de su esfera!... Y por ella desprecia á la encantadora Ada, y rompe una alianza tan ventajosa, y que dejó dispuesta su padre!...

—Esto yo juzgo que será un capricho pasajero; ella es honrada y se le resiste; por eso huyó de aquí sin despedirse; pero él la persigue, y el término de esto no sabemos cuál será.

Si ella se deja vencer podrá ser satisfactorio; porque conseguido su capricho la olvidará.

—¡Ah, pero es horrible, hijo mio! una jóven tan buena, tan honrada!... Es preciso á todo trance salvarla, y ver cómo le quitamos esa idea de la cabeza.

—Con cuidado, madre mia; él lo niega, mas yo lo he leído en sus ojos, y debe estar ciego por esa pasión funesta, que así lo hace faltar á sus deberes de hijo, de amante y de caballero.

La Marquesa se habia quedado profundamente pensativa.

Al cabo de un instante exclamó:

—Has despertado en mi alma un recelo atroz: ahora voy recordando incidentes, y convengo en tu idea. Una tarde vino María á presentarme un ramo de flores; estaba encendida como una cereza, y miraba hácia atrás; él la seguía y no tardó en aparecer. Aquel ramillete, que yo coloqué en

mi tocador, desapareció de allí á poco; no hice caso, y ahora recuerdo que le cogió él, y se le llevó sin duda para guardarle. ¡Pobre María!.. Si es inocente y se vé perseguida con tenacidad, la compadezco; si es culpable y me arrebató el amor de mi hijo, ¡oh, en este caso la aborrecería, cuando la amaba tiernamente, porque es una jóven bellísima; imposible parece que pertenezca á una clase tan ínfima.

—¡ Pronto lo sabremos!...

—Sabes dónde ha ido á refugiarse.

—Sebastian me ha dicho que está en Tórtola.

—¿ Luego conoce su retiro? Quién sabe si será calculada su resistencia, y pretenderá casarse con él.

¡ Oh! esto sería una alianza bochornosa que acabaría con mi vida.

—Callemos, y mucho disimulo; conviene que no sospeche que sabemos su secreto, dijo Enrique viendo que su hermano entraba en el salón.

Muchos esfuerzos tuvo que hacer la Marquesa para contenerse en los límites de la prudencia; sin embargo, cuando el Marqués se llegó á ella abrazándola con el mayor cariño, no pudo evitar que se desprendieran dos lágrimas de sus ojos, y exclamó:

—¡ Creí que ya no amabas á tu madre, hijo mío!

—¡ No amarla á Vd, madre del alma! ¿ á quién, pues, amaría entonces? No es Vd. mi ángel tutelar? No es Vd. la persona á quien profeso mas ardiente y entusiasta culto?

—¡ Mal me lo demuestras, ingrato!...

—¡ Bah! Tonterías!... ¿ No es verdad que me quiere Vd. mucho?

—¡ Muchísimo! pero prométeme no darme ningun disgusto; prométeme, ya que me faltan pocos años de vida, no tomar ninguna resolucion formal sin consultarla antes conmigo.

El Marqués se puso sério.

Enrique dirigió á su madre una mirada ansiosa, como diciéndola que no se dejara llevar de su resentimiento, y aprovechando las buenas disposiciones en que al parecer se presentaba el Marqués lo perdiesen todo. Ésta lo comprendió, y se apresuró á decir.

—No es que yo quiera tener dominio sobre tí, deseo únicamente conservar tu cariño y hacer tu felicidad; yo querré siempre todo lo que tú quieras.

—Bien, madre mia, bien; Vd. será siempre mi consejera, mi ángel, mi consuelo; y en prueba de mi afeccion sin límites iré esta tarde con Vd. á dar un paseo.

—Convenidos; comeremos y pasearemos juntos.

Enrique está convidado en casa del Conde.

El Marqués volvió á fruncir el ceño. Era evidente que no le gustaba aquella conversacion, sin embargo dijo:

—Me alegro mucho que mi hermano cumpla por mí; ya recordará lo que le dije el último dia que estuvimos juntos allí, y sigo en la misma idea.

Luego como queriendo cortar toda conversacion, se puso á leer los periódicos; la Marquesa y Enrique callaron.

## IX.

*Amor del alma.*

Dejaremos por un momento la quinta del Marqués para trasladarnos á Tórtola; se acerca la estacion del estío, y brillan en los campos los dorados trigos, formando un vistoso contraste con los verdes olivares y las pomposas viñas.

El sol estaba ya próximo á su ocaso, y sus últimos fulgores daban á los campos un tinte melancólico y dulce; los ruidos de la naturaleza, que se dejan sentir con mas fuerza en esa hora crepuscular, tenían un doble encanto, por los perfumes embriagadores que exhalaban el tomillo y la madre-selva, siendo no menos agradable á la vista los linderos de los trigos coronados de encarnadas amapolas, y de otras mil florecillas silvestres.

Una jóven cabizbaja y triste apareció en las inmediaciones de Tórtola, y siguió por un sendero transversal hasta llegar á la cruz de piedra que habia en el olivar del Duque. Era María.

Aquella cruz debía tener para la jóven una atraccion misteriosa, porque la visitaba continuamente desde su niñez; allí iba á rezar y desahogar sus penas en amargo llanto.

Levaba un sencillo traje, pero lleno de elegancia y distincion: desde que salió de Tórtola para ir á vivir en casa del Marqués, habian cambiado mucho sus costumbres; vestia con mas gusto, y le era tan natural aquel cambio, que no parecia sino que toda su vida habia vivido en la buena sociedad.

Estaba muy triste; el brillo amortiguado de sus ojos, el abatimiento de sus facciones y su palidez, demostraban claramente que no era feliz y que sufría mucho. En efecto, era amada de una manera delirante por el mismo hombre á quien adoraba en el fondo de su corazon, y tenia que rechazarle, y tenia que ocultar su sentimiento, avergonzándose de él como de un afecto criminal. A sí misma se habia jurado no aceptar aquel amor y le rechazaba, rechazando con él su propia felicidad.

En la época á que se refiere la novela, habia en estas pequeñas poblaciones una pasmosa severidad de costumbres; ninguna de las jóvenes del pueblo faltaba á sus deberes; la honradez y la virtud era una ley; desdichada la que se dejaba llevar de la seduccion, el anatema general caía sobre su frente, y la perseguía por do quiera el desprecio y la animadversion de los vecinos del pueblo.

Cuando Macrina y María, huyendo de la persecucion del Marqués, se refugiaron en Tórtola, todo el mundo las miró con cariño; se establecieron en una pequeña casita situada en las orillas del pueblo, y tuvieron muchos amigos que, lamentando la triste soledad en que habian quedado, las fueron á visitar, ofreciéndose con las mas espresivas muestras de cordialidad y afecto.

Manolo fué de los primeros; se creyó al fin correspondido, y ciertamente que la jóven no le rechazaba; ¡ anhela tanto encontrar un apoyo legítimo!... Pero al mismo tiempo no se determinaba á contraer con él un compromiso formal, porque tenia miedo de su propio corazon; queria an-

tes de ser esposa de otro, que no quedase en su alma ni la menor sombra de la imagen del Marqués, y aquella imagen, por su desgracia, la llevaba grabada con caracteres de fuego. ¿Y cómo olvidarle si él la perseguía á todas horas? ¿Cómo separar su imagen si se ofrecía de continuo á su vista con el seductor encanto de su purísimo amor y con la magia de su notable gallardía.

Al día siguiente de estar ellas en Tórtola, llegó el Marqués, desesperado, medio loco; adivinó que allí se habían refugiado, y las fué á buscar.

Preguntó en el pueblo, y le indicaron su casa; fué allá, era por la tarde, y encontró á Macrina sola.

—¡Señor Marqués!... exclamó la anciana; ¡Vd. por aquí!

—¿Y María? dijo con ansiedad.

—En la Cruz del olivar, aquel es su paseo; pero, ¿por qué ha venido Vd?

—Á buscarla; ¿Vd. no sabe que la amo?

—Lo adiviné, señor, hace mucho tiempo; dijo la anciana dejando escapar un largo suspiro.

—¿Y ella no me corresponde?

—¿Y qué sé yo? ¿Acaso manifiesta á nadie sus impresiones? Yo la oigo gemir y suspirar á todas horas; nos vimos aquí huyendo de Vd., y cuando le hablo de su amor, me dice con desesperación: ¡jamás, jamás!...

—¡Oh, Dios mío!... ¿y será posible que no pueda yo vencer su resistencia?

—Mucho lo dudo.

—Ayúdeme Vd.; yo cuidaré de asegurar su suerte futura; á Vd. nada le faltará.

—Verdaderamente, señor, que ya nos va faltando hasta lo necesario.

—¡Qué compasión!... tome Vd., y no la diga ni una palabra, porque rechazaría con horror mis dádivas; dijo el Marqués poniendo en manos de la anciana un bolsillo lleno de oro.

—¡Oh, gracias... señor! nada la diré; si lo supiera... ¡ay! ¡Dios me libre de que lo sospeche!...

—Pero ayúdeme Vd., yo la adoro; y hay en mi adoración un respeto profundo; tanto, que estoy dispuesto á casarme con ella, aun venciendo todas las preocupaciones de mi posición y de mi clase.

—Jesús; ¡está Vd. loco!... ¿qué diría la señora Marquesa?...

—¡Jamás! ¿Saberlo mi madre? eso no; nos casaríamos en secreto, sin que nadie pudiera adivinarlo: veremos si puedo vencer su resistencia; vendré todas las noches; Vd. cuidará de abrir la puerta, ¿no es verdad?

—Venga Vd. por el campo; allí hay una puertecilla, yo abriré, y así no tienen que enterarse los vecinos del pueblo; ¡son tan criticones!... y sobre todo, esa tía Chiripa, no se la escapa nada; ya la he visto pasar dos veces desde que está Vd. aquí.

—Quedamos, pues, en eso, y me voy á buscar á María.

El Marqués salió; se había dejado el caballo en la casa del guarda, y se encaminó á pie hácia el olivar.

La joven se retiraba ya, y así que le vió se puso pálida y temblorosa.

—¿Por qué viene Vd. á perseguirme en mi retiro? Quie-

ro ser feliz casándome con Manolo y siendo una buena esposa, y Vd. se empeña en arrebatarme la paz del alma y la felicidad de toda mi vida.

—¡María!... es posible que pienses en ese rústico campesino amándote yo con tan entusiasta delirio!...

—Sí que pienso; y ese es mi único deseo, él es hombre honrado y me hará su mujer, y tendré una familia y un hogar, y seré amada y respetada; mientras que el amor de usted solo me ofrece el desprecio, la vergüenza y el remordimiento... ¡Oh! jamás.

—Yo te juro que serás mi esposa, ¿quieres tú serlo, vida mía?

Estas palabras eran una tentación demasiado fuerte; el corazón de la pobre niña sufrió un choque terrible, y vivamente conmovida no supo al pronto qué contestar.

El Marqués la miraba con angustia, tal era ya su loco arrebató, que no pensaba en las consecuencias de aquella proposición, solo pensaba en ser feliz, y sin el amor de María no podía serlo.

—Mi proposición no merece ni una respuesta, dijo al fin; esperando con ansia una esperanza de los labios de su amada.

Ésta, que pasado el primer momento de fascinación había tenido tiempo de reflexionar, exclamó:

—Siendo su esposa sería la vergüenza para Vd., porque tendría que tenerme escondida donde no me viera nadie, y concluiría Vd. por aborrecerme; siendo su querida lo sería para mí, que tendría que ocultar mi oprobio en el mas profundo misterio.

—Entonces, ¿qué haremos? Yo no puedo vivir sin tu amor.

—Ahógueme Vd. dentro de su pecho, y cátese con la hija del Conde; eso es lo natural, ese es su deber.

—Jamás; Ada no será nunca mi esposa, mientras no pueda arrancar tu imagen de mi corazón.

—Procure Vd., pues, arrancarla y olvidarme, adios; le prohibo que vuelva á buscarme.

—¡María!... ¡por piedad!...

—¡Adios, Señor!

—¿Me abandonas? dijo el Marqués apoyándose en el tronco de un olivo, y sin atreverse á detenerla.

—Es mi deber; adios... exclamó la joven separándose de allí con un doloroso esfuerzo.

Santa resignación de un corazón tan puro, de una alma tan fuerte y tan elevada. Ni aun volvió la cabeza una sola vez por no alimentar la loca esperanza del Marqués.

Pero ¡ah! que esta conducta encendía mas y mas su pasión. La estuvo contemplando con la mirada triste y húmeda hasta que desapareció tras los muros del pueblo, y permaneció allí horas y horas sin valor para separarse de aquellos sitios queridos, donde respiraba su amada.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## TEATROS.

Cierto es que el año cómico va tocando á su término y que el calor ha subido de punto, de modo que los teatros se hallan sin animacion y poco concurridos. Tambien lo es sin embargo que á pesar de tan fatales circunstancias se han verificado recientemente dos grandes sucesos, uno dramático y otro musical, sin contar la aparicion de alguna que otra obrita que no puede menos de considerarse como novedad.

Hablemos hoy del primero de dichos sucesos, siquiera sea someramente y de pasada, dejando el segundo para otro día.

El coliseo de la ZARZUELA ha ofrecido al público una gran satisfaccion con el estreno del drama nuevo en tres actos y en prosa, titulado *Un drama nuevo*. Antes de aparecer al mundo esta obra ya despertaba no escaso interés porque se esperaba mucho del autor cuyo verdadero nombre, mal velado con el anónimo, estaba en la conciencia de todos. El resultado superó no obstante á las esperanzas.

*Un drama nuevo* es en efecto obra de elevada importancia que no puede verse ni oírse con indiferencia.

Bajo tres puntos de vista debe juzgársele para apreciar los quilates de sus bellezas, y de consiguiente sus defectos, los que tiene como obra humana que es; á saber: el escénico, el moral, el literario. Á ellos ajustaremos nuestras ligeras indicaciones, para dar forma á una opinion privada, pero con la forzosa brevedad y con la ninguna pretension del que traza una reseña en vez de formular un dictámen.

Es el drama en el concepto escénico, ó mejor dicho dramático y de realizacion artística y teatral, una produccion de admirable composicion y de relevantes cualidades. Basado el asunto en dos fábulas, la de un acontecimiento que se verifica en el seno de una familia de actores ingleses, en tiempo de Shakspeare, y la del argumento de un drama que esa misma familia representa, ambas enteramente iguales entre sí, presentaba á primera vista enormes dificultades prácticas para hacer caminar á la vez las dos acciones indicadas, de modo que se ayudasen recíprocamente en vez de perjudicarse. Á no dudarlo el autor ha sabido vencer aquellas, dando ocasion á escenas de perfecta ilusion teatral. El fondo del argumento es apasionado y tempestuoso, con lo cual se produce una larga série de escenas, bien graduadas y de interés y poderoso resultado, hasta el punto de impresionar viva y fuertemente al espectador. Caracteres los tiene la obra trazados con decision y energía, y en algunos momentos con rasgos de primer orden, pudiendo decirse por lo que respecta á la combinacion y preparacion de efectos que en esto se ve la mano experimentada de un maestro. Bajo el punto de vista á que estamos refiriéndonos, la obra se acerca mucho á la perfeccion, supuesto siempre el género á que pertenece, no teniendo en cuenta alguna que otra inverosimilitud poco visible, alguna que otra inconsecuencia de carácter que no fuera difícil encontrar. Lo que desde luego no nos gusta en esta produccion es el título, que sobre ser pobre y ocasionado á anfibologías, no responde á lo que en ella constituye la esencia del asunto.

De diverso mérito es el drama considerado en el punto de vista de su belleza moral. Muy disputable es ésta sino es que se la puede negar por completo. Lo que en él pasa es una historia de indignidades con que corresponden á un hombre crédulo y de sano corazon la esposa infiel y su villano amante, por más que con lágrimas y falso remordimiento traten de manifestarse arrepentidos de su conducta, pues nunca llegan á estarlo. Semejante fondo del asunto al cual habria de añadirse la parte de maldad que á él aporta algun otro personaje, nada exíguo por cierto, hace desde el principio de la obra aparecer ante los ojos un conjunto de miserias y debilidades que repugnan al sentido moral, ofenden al gusto y nada bueno enseñan. Pudiera decirse que para castigar el mal hay que presentarlo antes á la vista en toda su desnudez, pero seria fácil contestar que sobre ser peligrosa tal teoria puesto que observada fielmente en la práctica conduciría á deplorables escenas, no aparece en el caso presente lo que verdaderamente pueda llamarse castigo y satisfaccion. Además, las tintas de la obra son tan pronunciadas, su tonalidad es tan violenta, se halla tan desprovista de pasajes suaves y tiernos, que produce en el ánimo impresion dolorosa como si hiriese las fibras de la conciencia el ver personajes tan apartados del buen camino. De seguro, si tenemos razon en lo que decimos, el autor no ha obrado con mala intencion, sino por error muy explicable, pues se conoce desde luego que la manera de presentar y desenvolver el asunto es hija de un sistema y no del acaso.

Literariamente juzgado, *Un drama nuevo* merece grande y sincero aplauso, pues en él hay galanura de frase, viveza de estilo y sabor á buen origen, por más que puedan en momentos causar mal efecto contadas incorrecciones y cierta forma arcaica que para resultar bien hablado no necesitaba. Acostumbrado como lo está el público á oír y leer una prosa incorrecta y sin jugo, se complace y con razon en la que hay en la produccion de que tratamos.

Esta obra ha sido representada con esmero por todos los actores, que lo fueron la Sra. Lamadrid y los Sres. Tamayo, Oltra, Casañer, Morales, Alisedo y Mario; pero no en todos ellos correspondió el éxito á los justos deseos.

El Sr. Tamayo que aparecia ante el público como primer actor, despues de faltar muchos años de la corte donde sólo habia figurado en diversa linea, tenia graves dificultades que superar. Salió airoso de su empeño y fué muy aplaudido y llamado más de una vez á las tablas.

Se ha puesto en escena con perfeccion y gusto el drama de que hablamos. Todo ha estado á punto y bien servido. La mutacion del tercer acto, por lo breve y completa, es digna de elogio, debiéndose á ella no poco el que no se enfrie el efecto del drama.

Otro día hablaremos del *Don Juan*, segunda novedad del tiempo.

DIEGO DE RIVERA.

## LABORES.

Dos *entredoses* y una *puntilla*, todo de *crochet*, componen el adjunto grabado de labores, sirviendo cualquiera de los tres objetos para enriquecer prendas de lencería, ejecutándolos en algodón mas fino á medida que lo sea la prenda que hayan de adornar.

Principiaremos nuestra explicacion dando la preferencia al entredos núm. 1, que por sus dimensiones demuestra mayor importancia.

Hácese aisladas las rosas ó estrellas de este entredos, ejecutando cada una de este modo:

Principiase por 18 puntos de cadeneta, que se cierran en círculo.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—Toda de puntos dobles con un picot cada dos puntos, debiendo contar 8 picots la vuelta.

2.<sup>a</sup>—4 ps. de cadeneta ó sencillos entre los dos primeros picots, una doble bar. al pié mismo de los cuatro puntos, 5 ps. de cadeneta entre los dos picots que siguen. Se repite lo mismo hasta el fin de la vuelta.

3.<sup>a</sup>—Se sube por la primera cadeneta hasta el extremo del primer rayo de la estrella, y se hacen siete puntos lisos y uno en cada rayo para sujetarlos.

4.<sup>a</sup>—1 p. d. sobre el primer rayo, 10 ps., 1 p. d. sobre el rayo siguiente, y repitiendo lo mismo se obtienen ocho grandes festones.

5.<sup>a</sup>—Toda de puntos dobles, con un picot cada dos puntos.

Ejecutadas de este modo las estrellas se unen por los picots, haciendo por ambos lados una cadeneta lisa, que se sujeta á los picots en línea recta, y encima una vuelta de dos puntos lisos y 1 bar. toda la vuelta; sobre ella otra de presillas de siete puntos, y otras dos vueltas como las anteriores, terminando la de dos puntos lisos y 1 bar., con un picot cada cuatro puntos. Esto orilla por los dos lados las estrellas, completando el entredos.

El núm. 3, mas estrecho, aunque no menos lindo, es por su fácil ejecucion mas á propósito para guarnecer ropa de diario. Principiase por el dibujo del centro, que se

hace atravesado, volviendo la labor á cada vuelta, empezando por una cadeneta de 10 ps.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—4 ps. s., que sirven de primera barra, 1 punto s., 1 bar., dejando un punto por medio de la cadeneta primera. Otras dos barras separadas por un punto sencillo y por otro de la vuelta anterior, 4 ps. s., 7 bar. juntas en los 4 ps. que quedan de la cadeneta anterior.

2.<sup>a</sup>—4 ps. s. que sirven de primera bar., 1 p. s., 1 bar., dejando una por medio de la vuelta anterior. Otras dos barras separadas por un punto, y dejando una por medio de las anteriores, 4 ps. s., 7 bar. en el calado de los cuatro puntos de la vuelta anterior.

Estas dos vueltas forman el centro del entredos, completándole á cada orilla una cadeneta lisa que sujeta los extremos de las conchas, y sobre ella una vuelta formada por 1 bar., 1 p. liso, 1 bar. toda la vuelta.

La puntilla que ocupa el centro se principia por una cadeneta de las dimensiones que haya de tener la puntilla, y sobre ella dos vueltas de puntos dobles, y una de barras separadas entre sí por tres puntos de cadeneta.

4.<sup>a</sup>—*Vuelta*.—7 ps. s. sobre la primera bar., y volviendo sobre los mismos, 2 ps. d., 2 bar., 2 bar. d., y se sujeta sobre la bar. siguiente de la vuelta anterior. Se vuelve la labor del revés, y sobre lo mismo que se acaba de trabajar se hace una vuelta de barras en semicírculo. Se vuelve la labor de nuevo, y se hace otra de bar., separadas por tres puntos lisos; \* hecho lo cual, se pasan á puntos dobles seis puntos de la vuelta tercera, y se repite de señal á señal hasta el fin de la vuelta, dando esto las ondas concluidas, á excepcion de la última vuelta.

5.<sup>a</sup>—7 ps. s., 2 ps. d. en el segundo y tercer punto del semicírculo, \* 2 ps. s., 1 picot, 2 ps. s., 1 picot, 2 ps. s., 1 picot, 2 ps. s., 1 picot, 2 ps. s., un picot, 2 ps. s., \* 2 ps. d. en el semicírculo. Se repite de señal á señal para cada una de las presillas que guarnecen los festones, separando estas por dos puntos dobles, hechos sobre la última vuelta de la onda.

Esta vuelta deja terminada la puntilla.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## MODAS.

Explicacion del Figurin de niños, núm. 850.

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑO DE OCHO AÑOS.—*Vesta* cruzada de adelante y con gran cuello, de piqué mahon, adornada con trencilla grana y botones de marfil. Calzon igual, botines de paño color salmon, y gorra de paja con vivos grana.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE DOCE AÑOS.—*Vestido* de seda azul con otro encima de falda mas corta de muselina moteada, terminado por tres cintas azules. Cuerpo justillo, con hombros de cinta azul y cinturon de cinta mas ancha, con cabos flotantes. Camiseta alta de linon con manga larga. Una cinta azul sujeta el cabello.

FIG. 3.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE NUEVE AÑOS.—*Vestido* de seda rosa, con cuerpo alto y manga justa, y falda encima, y paletot holgado, y sus mangas de fular gris rosa: un lazo de cordon recoje la falda superior á la izquierda, y ancho tableado rosa guarnece el paletot, sobre el cual figura gran cuello un cordon que se anuda y descende por delante. Sombrero batelera de paja de arroz con una rosa y cinta de este color.

FIG. 4.<sup>a</sup> TRAJE PARA NIÑA DE CINCO AÑOS.—*Vestido* de poplin con cuerpo de escote cuadrado y doble falda, orillada la primera de tafetan verde, y abiertos y orillados los

paños de la segunda, uniéndolos bieses verdes en forma de V. Igual adorno se repite en el pecho y hombrera.

FIG. 5.<sup>a</sup> TRAJE DE BAILE PARA NIÑA DE SIETE AÑOS.—*Falda* de seda azul con otra encima de muselina con entredoses y medallones de encaje blanco. Cuerpo blanco de escote cuadrado y manga corta, con tirantes y cinturon de seda azul, bajando de éste presillas de cinta á formar aldetá todo alrededor, y cabos flotantes por detrás. Botas azules y cinta azul en el cabello.

FIG. 6.<sup>a</sup> TRAJE BRETON PARA NIÑA DE OCHO AÑOS.—*Falda* y paletot de cachemir blanco con entredoses negros y cintas doradas. Sobre el bolsillo izquierdo del paletot va una figura de breton bordada con negro en un escudo de la tela del traje. Sombrero de paja de arroz con cinta dorada.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director  
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 44.